

Otro toque.— ¡Á formar! — gritan á la vez cien voces apresuradamente. Todos acuden como se encuentran, con el kepis en el cogote, con el capote desabrochado, con el cinturón entre los dedos, con la mochila pendiente de un hombro. — ¡Á sus puestos, pronto, en orden, alinear por la derecha! — Las compañías se forman tumultuosamente; se rompen y se extienden cada vez que llegan nuevos soldados, para estrecharse en cuanto han ocupado sus puestos: serpentean de uno á otro extremo, se alinean, entran rápidamente en orden de formación... El tercer toque. El regimiento se pone en marcha. La primera compañía se halla ya fuera del campamento,— la segunda,— la tercera... el campamento queda deshecho.

Tal es la vida del campamento, dura acaso é incómoda; pero en cambio, grata siempre, é interesante. ¿Quién que la haya hecho no la ama, y no la recuerda con placer, y no la desea con entusiasmo?

EL MUTILADO

AL caer el día, en las horas postreras de la tarde, el aspecto de la campiña engendra en el ánimo una melancolía indefinible que guarda no pocos puntos de semejanza con el sentimiento de que se hallan poseídos los muchachos que, habiendo abandonado sus moradas para solazarse y corretear por los campos, vagan de aquí para allá, y con el aturdimiento de los pocos años corren, y saltan, y triscan de valle en valle, de otero en otero, hasta tanto que, de repente y sin saber cómo, se dan cuenta de su situación. Y miran en derredor, y ven que el sitio en que se encuentran es oscuro, solitario, espantoso; y miran hacia atrás, y se convencen de que se han extraviado; y levantan los ojos al cielo, y observan que el sol se ha ocultado ya, y entonces se acuerdan de que la pobre de su madre estará esperándoles ansiosa y llena de aflicción. — ¡Qué he hecho, Dios mío! — exclaman. Y dominados por el temor no saben resolverse, y permanecen quietos, con el sobresalto en el pecho y con el llanto en los ojos.

De esta naturaleza es la melancolía que paulatinamente se apodera del espíritu en medio de la campiña, cuando el sol ha desaparecido del horizonte, y los objetos se van tiñendo de un solo color, y á lo largo de los montes que por la parte de poniente ciñen la llanura sólo se percibe una tenue faja

de cielo de color de oro pálido, y en la opuesta van apareciendo por momentos más espesas y numerosas las estrellas rutilantes. Es esta una hora triste, y contribuyen á que lo sea más, si cabe, el monótono y desapacible graznar de las ranas y el lejano ladrar de los perros, que rompen de tarde en tarde el solemne y profundo silencio en que está envuelta la campiña.

A quien, en hora semejante, regrese á su casa, de la cual se encuentre lejos todavía, á lo largo de una senda solitaria, sin descubrir en parte alguna alma viviente ni oír más rumor que el de sus propios pasos, aquel ladrar de los canes, ni un solo punto interrumpido, acaba por hacérsele insoponible, y... vamos, que sin que pueda decirse que está poseído por el miedo, la verdad es que lo parece. Ello es que al pasar junto á las puertas de los huertos y de los jardines, anda de puntillas para no despertar al perrazo que yace echado detrás de ellas, y apenas osa respirar, y se hace todo oídos, y si por acaso, pasada ya la puerta y cuando se juzga libre de todo peligro, suena de repente á sus espaldas un ladrido inesperado; estremécese de pies á cabeza; sigue andando sin atreverse á volver la cabeza, y parécete que está viendo al furioso mastín con los ojos inyectados y asomando el hocico por el ventanillo de la portezuela. Y continúa andando; y si al encontrarse en medio de la carretera, cuyo polvo abundante no es obstáculo para que camine de los vallados lo más apartado que puede, suena á sus espaldas rumor de pasos ó la voz de dos viandantes que sostienen animada conversación, no haya miedo que vuelva la cabeza para enterarse de quiénes sean ellos, cosa que daría pie á imaginar que no las tiene todas consigo, sino que sigue su camino atento el oído y ojo avizor, y fingiendo mirar al campo con la mayor indiferencia, lo explora atentamente sin dejar rincón que examinar. En semejante situación de espíritu puede darse el caso de que á lo lejos y á deshora vea que hacia él avanzan

lentamente dos hombres á caballo, envueltos en amplios capotones oscuros y cubiertas sus cabezas con sombrero apuntado: en este caso su corazón se reanima, aprieta el paso, y en el instante en que empareja con aquellos amigos inesperados, les cede gustoso el sitio; míralos con expresión de agrado y benevolencia, acoge cariñoso y complaciente la mirada prolongada y escrutadora que ambos al par le dirigen, y al hallarse, por fin y remate, muy cerca de la población, cuya proximidad le anuncia la luz de los reverberos de la primera calle, respira libremente, y sacudiéndose con el pañuelo el polvo del calzado, exclama gozoso: — ¡Loado sea Dios; al fin llegamos!

En dicha hora el que pasa junto á un cementerio, siquiera no participe de las fantásticas preocupaciones del vulgo y de los niños, no sólo no se detiene, sino que vuelve á otro lado la cabeza. En cuanto á los muchachos, llénanse de terror si al pasar delante de capilla solitaria oyen el ruido de sus pasos, que al penetrar por las abiertas ventanas retumba debajo la bóveda anchurosa.

En dicha hora, y en tanto se descubre un resquicio de claridad por la parte de Occidente, los que veranean en las quintas permanecen en las azoteas, y de codos sobre el antepecho contemplan silenciosos el melancólico espectáculo de la noche, extendiendo su manto sobre los accidentes de la campiña, en tanto que los pequeñuelos se van señalando el uno al otro las lucecillas que una en pos de otra brillan en los rústicos albergues, ó preguntan al padre el nombre de las estrellas y si hay en ellas gentes como nosotros, y las muchachas sentadas algo más lejos, apoyando en el respaldo de la silla uno de sus brazos y reclinando en el brazo la cabeza, dirigen vagas miradas al monte lejano, y piensan. Mas no piensan, no, en aquellos montes. En aquellos instantes su pensamiento se aparta enojado de aquella soledad y de aquel silencio severo: siquiera se encuentren en

medio de la familia, se sienten solas, abandonadas; comprenden que falta algo á su pecho para llamarse dichosas; sienten en su corazón un vacío inmenso; conciben que la vida ha de ser algo más de lo que es la suya, y sin darse cuenta de ello, sin pensarlo, sin quererlo, su imaginación las lleva á la ciudad; las lanza al encantador tumulto del mundo; busca en él y encuentra rostros conocidos olvidados hacía mucho tiempo; goza reavivando la borrada imagen, haciéndosela presente allí, á su lado, participando con ellas de aquella suave melancolía, y cuentan el tiempo que todavía tendrán que pasar en el campo, y midenlo con el pensamiento, y saborean anticipadamente el placer de la vuelta, y la vez primera en que verán de nuevo aquellas imágenes queridas, y al cabo despiertan como de un sueño de aquellas tristes y agradables fantasías.

¡Oh sí, aquella hora de la tarde, en el campo es triste, muy triste! Aun cuando os encontrarais junto á la mujer amada, y en el colmo de la suprema dicha, sólo cruzarían vuestra mente tristes pensamientos, sólo palabras tristes brotarían de vuestros labios.

En dicha hora precisamente, y en uno de los primeros días del mes de Mayo del año 1866, en un camino poco frecuentado que corría á lo largo de la pendiente de un collado, y al pie de una de aquellas rústicas capillitas, en las cuales se ve pintada en el fondo del nicho la imagen de la Virgen, departían amorosamente y en voz baja una jovenzuela y un soldado; aquélla sentada en una robusta piedra adosada á uno de los ángulos de la capillita, con los codos hincados en las rodillas y la barba apoyada en las palmas de las manos; éste, de pie á su lado, apoyando una de sus espaldas en la pared y con los brazos cruzados encima del pecho. Cubría su cabeza la gorra de cuartel; vestía el capote, y á sus pies se veía el morral y sobre éste un envoltorio. En el rostro y ademanes de la muchacha distinguíase no sé

qué de tristeza y cansancio: merced á una lucecilla que estaba ardiendo ante la imagen de la Virgen y que difundía una claridad velada sobre el rostro medio oculto por sus manos, podían verse en torno de sus ojos las huellas de un llanto prolongado. En cuanto al soldado, sin cinturón y sin armas, ofrecía todo el aspecto de un soldado con licencia. Y lo era realmente, y pertenecía á una de las reservas que habían sido llamadas á las armas el día 28 del mes de Abril, las cuales debían presentarse á los comandantes militares de la circunscripción á los siete días de haberse publicado el real decreto. En virtud de lo dicho, aquel soldado debía encontrarse á la mañana siguiente en la ciudad próxima, que distaba de aquel lugar poco más de diez millas.

Á juzgar por su aspecto, así como por el de la joven, y más que todo por el silencio que guardaban, sólo interrumpido muy de tarde en tarde por una que otra palabra pronunciada en voz muy baja, debía hacer mucho tiempo que permanecían en aquel sitio. En todo lo que la vista podía alcanzar á lo largo del camino no se distinguía alma viviente, siendo absoluto el silencio que reinaba. Interrumpíalo, sin embargo, de tarde en tarde algún confuso rumor de voces lejanas, procedente de un humilde caserío situado al pie de la loma, en el cual de vez en cuando aparecía ó desaparecía alternativamente alguna lucecilla. Producíanlo los aldeanos, que de vuelta de sus campesinas tareas, en tanto que desuncían los bueyes y los volvían á los establos, ó guardaban en sus sitios aperos y arneses, se hablaban en alta voz de uno á otro lado de la era.

De pronto el soldado se irguió, y cogiendo las dos manos de la jovencilla, que se puso en pie, con el acento de tímida compasión que se acostumbra comunicar á la voz cuando debe darse una mala nueva á una persona amada, dijo:

—Luisa, es tarde. Debo dejarte. Mañana á primera hora he de estar en la ciudad, y el camino es largo.